

LO MEJOR DE CARLOS SÁIZ CIDONCHA

INCLUYE 17 RELATOS



CARLOS SÁIZ CIDONCHA

Recopilación de diecisiete relatos de Carlos Sáiz Cidoncha, el «buen doctor» y maestro de la ciencia ficción española. Los títulos de los relatos son:

El demonio de la Antártida

El ermitaño del diablo

El hechicero

El pozo pintado

Encuentro en las profundidades

La Calle Larga

La caverna del sueño

Lágrimas verdes de Leng

Los fantasmas defensores de la Tierra

Los horribles terrestres

Los horrores del castillo de Magson

Ludwig el Perro

Nadie se fija en el barman

Pánico en el observatorio

Secuestro aéreo

Una y sólo una

... y resucitó al tercer día

El demonio de la Antártida

En *Biblioteca Universal de Misterio y Terror 28*,
Ediciones UVE S. A., 1981.

DESDE los tiempos más remotos, desde mucho antes de comenzar a escribirse la historia, el hombre temió a los hielos.

Los hielos que, una y otra vez en el transcurso de las eras, se alzaron desde sus refugios boreal y austral para lanzarse a la conquista del mundo, arrasando con cuanta vida orgánica hallaron a su paso, sin exceptuar la del mismo hombre, el titulado rey de la creación. Fueron los períodos glaciales, las grandes catástrofes heladas.

Aún hoy se dice que nuestra técnica y nuestra ciencia, que han comenzado a dominar el espacio sideral, se verían impotentes ante una nueva arremetida de los hielos, que frente a la amenaza polar aún seríamos semejantes a los pobres hombres de las cavernas, perseguidos y casi exterminados por el desastre blanco.

¿Cómo comenzaron aquellas fabulosas mareas de hielo, y cómo podrían volver a comenzar? Los científicos sostienen varias teorías, en ocasiones contrapuestas, pero siempre coincidentes en señalar orígenes naturales del fenómeno. Manchas solares, irrupción de nuestro planeta en zonas nebulares de la Galaxia, agotamiento del anhídrido carbónico en la atmósfera...

Pero quizá pueda buscarse en una nueva dirección. Quizá pueda rastrearse un origen artificial a los movimientos de los hielos. Pues no toda la vida es como nosotros la conocemos, y la catástrofe que borre del mundo una clase de ella, bien podría dar nacimiento a otra distinta... a otra cuyo germen exista ya en algún lugar de las tundras polares.

No diré que esa es mi teoría, puesto que incluso sabiendo lo que hoy sé, de ningún modo puedo estar seguro, o quizá tema estarlo. Pero sí puedo decir que los hielos eternos conservan horrores de los que nuestra ciencia no puede tener ni idea, y que quizás un nuevo avance de los hielos pueda ser provocado por una voluntad fuera de nuestra comprensión, dando la Tierra en herencia a estirpes totalmente ajenas a la nuestra. Rezo porque así no sea.

Comenzó todo durante la Quinta Expedición Internacional de la Antártida, de la que yo formé parte por el Instituto Superior de Geología de Atlanta. Teníamos grandes esperanzas de hallar yacimientos de minerales útiles en las estribaciones orientales de las Montañas de la Reina Maud, e incluso bolsas de petróleo marino en las heladas costas antárticas, que podrían paliar o aún saciar el hambre de energía que sufre nuestro mundo tecnológico. Quien haya seguido nuestros avatares en la prensa sabrá ya que no encontramos nada de lo que buscábamos, y que sufrimos además algunas bajas debido a lo que se denominó fenómenos naturales. Esto último no fue exactamente así.

No sé cómo se me ocurrió entrar en amistad con el profesor Gerard Bernstein. Éramos, desde luego, compatriotas y también colegas, puesto que representaba a la Universidad del Medio Oeste, donde tenía las cátedras de geología y arqueología, pero desde el primer momento el profesor había destacado por su carácter aparentemente

huraño, y los primeros días de navegación se mantuvo casi aislado.

Quizá me atrajo de él su aspecto de nobleza, incluso de bondad, que podía advertirse tras su superficial retraimiento. Me pregunté si el aislamiento que parecía buscar se debería más bien a timidez que a otra cosa, y procuré acercarme a él. Me recibió bien, tal como había imaginado, y pronto entablamos amistad. Nuestras conversaciones versaban en gran parte, naturalmente, sobre lo que esperábamos hallar en las montañas antárticas, dentro de nuestro campo, y los conocimientos en geología de mi interlocutor llegaron a asombrarme. Por mi medio el profesor Bernstein llegó a romper su inicial aislamiento, y aún a mezclarse en las tertulias que organizábamos los componentes anglófonos de la expedición. Sin embargo nunca fue demasiado locuaz en tales reuniones, limitándose en general a escuchar.

Estábamos ya relativamente cercanos a nuestro objetivo cuando, mientras varios de nosotros contemplábamos desde cubierta un soberbio iceberg flotante, el sismólogo escocés MacCulloch me informó de algo que yo no sabía sobre la personalidad de mi amigo.

—Conozco desde hace tiempo al rector de su universidad —dijo— y puedo decirte que allí están todos un poco asustados con él. Se trata de una verdadera eminencia en geología, desde luego, de otra forma no estaría aquí con nosotros. Pero tiene algunas ideas raras.

—¿Ideas raras? —inquirí.

—Parece ser que se dedica a una extraña forma de ocultismo, y que sostiene teorías especialmente chocantes sobre temas como el del origen del hombre y el desarrollo de la vida en el mundo. En cierta ocasión hubieron de llamarle previamente la atención en lo referente a su cátedra de arqueología, por estar difundiendo entre los estudiantes algunas de esas teorías excéntricas.

—¿Excéntricas en qué sentido? —pregunté de nuevo.

–Lo ignoro. El caso es que prometió enmendarse, y ciertamente cumplió su promesa. Pero privadamente no hay duda que mantiene las mismas convicciones.

La conversación se desvió luego por otros derroteros, pero aquel me dejó intrigado. En mi vida profesional había tenido acceso a toda clase de teorías arqueológicas, algunas de ellas totalmente absurdas y, aunque ello se saliera algo de mi propio campo, había disfrutado estudiándolas, comparándolas y estimando lo que en ellas pudiera haber de verdad.

Juzgué que mi amistad con Bernstein justificaba entrar con él en materia sobre el particular, de modo que en mi siguiente conversación con él procuré irle llevando hacia el tema.

Como toda persona que tiene una afición o forma de pensar oculta, pero querida, no desaprovechó la ocasión de exponerla. Así pues, a una ligera insinuación de mi parte, entró de lleno y por propia voluntad en el campo que me interesaba.

–Te diré, Anthony –confesó con los ojos ligeramente más brillantes que de costumbre–. Podremos encontrar muchas cosas interesantes en el ámbito geológico, allá donde vamos. Pero mi personal interés, lo que verdaderamente me ha traído a esta expedición, entra más en el campo de la arqueología.

Me esperaba algo semejante, pero fingí un ligero asombro.

–¿Arqueología? ¿En la Antártida?

–Precisamente –respondió–. ¿No oíste hablar del informe de la expedición Daley, en 1930?

Sí, había oído hablar del informe, y lo había estudiado personalmente, pero no me había convencido demasiado.

–Tengo entendido que hablaban de unas antiguas ruinas, en los picos montañosos al sur de la tierra de la Reina Mary. Pero quienes dijeron haberlas visto regresaron en un estado psicológico lamentable, casi enloquecidos por la

serie de desastres que casi aniquilaron la expedición. Su testimonio no merece mucho crédito.

–Esas ruinas debían estar situadas muy cerca de los lugares que visitaremos –dijo Bernstein–. Lamentablemente los terremotos que siguieron a la erupción del Erebus en 1942 borraron toda muestra de lo que pudiera haber allí bajo toneladas de rocas e hielo.

–Pero de todas formas es muy probable que tales ruinas existieran en realidad. Los expedicionarios supervivientes hablan de una verdadera ciudad subterránea, y no tenemos noticia de ninguna gran civilización humana en las cercanías.

Bernstein se me quedó mirando fijamente, como estudiando si debía hablarme o no.

–No humana –dijo por fin.

Guardé silencio. Comprendí que mi amigo había juzgado que podía hacerme aquellas revelaciones que a otros ocultaba. Fijé mi vista en sus ojos, y él me devolvió la mirada, mientras sonreía lentamente.

–No se publicó todo lo que los expedicionarios de 1930 revelaron –continuó el profesor–. Quizá se pensó que resultaba demasiado fantástico para incluirlo en un informe oficial. Pero todos ellos estaban de acuerdo en que la raza que edificó aquellas estructuras no era humana.

Tragué saliva.

–¿Quieres decir...? –empecé–. ¿Quieres decir... algo procedente del espacio?

–Posiblemente –respondió él–. La fantasía humana ha pensado siempre de modo antropocéntrico. Hemos creído que si alguna forma de vida habitaba otros mundos, debería ser semejante a la nuestra. Hemos pensado en naves interplanetarias, en ejércitos de seres extraños provistos de armas mortíferas, en reinos o imperios tiránicos...

Se inclinó hacia mí, excitado.

–Pero puede que lo que more más allá de nuestra atmósfera sea totalmente extraño e incomprensible, absur-

do para nuestra forma de pensar. Entidades ajenas a nuestra materia y a nuestra energía, seres semejantes a dioses o a fantasmas diabólicos. Existe un libro...

Se interrumpió, como si temiera haber dicho demasiado. Pero aquellas palabras habían despertado una luz en mi mente.

—¿Hablas del Necronomicón? —le pregunté.

Retrocedió él ante el temido nombre, mientras que su rostro indicaba la sorpresa.

—¿Lo conoces? ¿Es posible que lo conozcas? —casi gritó—. Creía que tan sólo unas cuantas personas en el mundo...

Sonreí ante su reacción.

—Pues tienes ante ti a una de esas personas —dije—. Puede consultar en cierta ocasión los fragmentos que se conservan en la Biblioteca Harrison, de Boston, y me interesaron tanto que viajé a Providence para intentar estudiar el ejemplar completo que tienen en el Museo, junto con la traducción parcial de Barnabás Percival. Me costó trabajo, pero conseguí tener acceso a ellos.

—¿Sí? —preguntó Bernstein—. ¿Y qué impresión sacaste de ese volumen?

Vacilé. No pude decidirme a expresar la sensación de desolado horror que me atenazó al internarme en aquellas páginas prohibidas.

—Me considero un científico —dije—. Lo que pude entender del libro me pareció increíble, pero estoy dispuesto a aceptarlo si alguien me aporta pruebas de su veracidad.

Los ojos del profesor brillaron.

—¡Pruebas! —casi gritó—. Quizá dentro de muy poco pueda proporcionarte las pruebas que pides. Anthony, en esta expedición podemos hacer descubrimientos que harán olvidar cualquier posible hallazgo geológico, aun en el caso que encontráramos minas de metales preciosos o yacimientos petrolíferos capaces de enriquecer a todas las

naciones de la Tierra. Pero deberemos hacer acopio de valor... de mucho valor...

Hizo una pausa y luego su voz descendió hasta convertirse en algo apenas por encima de un susurro.

–Yo también pensé que el Necronomicón era un mero ciclo legendario, sin relación ninguna con la realidad. Pero dudé y, como tú acabas de decir, también intenté buscar pruebas.

»Viajé a Egipto, y practiqué excavaciones en los alrededores de la vieja Menfis. Buceé en el pasado de aquel país milenario, buscando los orígenes de su cultura, el comienzo de la más vieja de las civilizaciones humanas. Más allá de los primeros faraones, más allá del mítico Menes, que unificara el Alto y el Bajo Egipto, fundando la primera de las dinastías...

»Y llegué hasta una sombra de terror total. Algo innombrable, terrorífico, el principio de todos los horrores del Libro de los Muertos, el progenitor de los panteones monstruosos de dioses semejantes a bestias... Nyarlathothep, el Caos Reptante.

–Nyarlathep –repetí el nombre temible–. El Mensajero Sin Rostro que menciona el Necronomicón...

–Tuve miedo por unos días, temor a que mis trabajos de investigación pudieran llegar a resultados que mi razón fuera incapaz de soportar. La sombra estaba allí, había estado allí en tiempos remotos, conviviendo con los hombres del período predinástico. Y luego se había desvanecido de alguna forma, había sido apartado, encadenado quizá, muerto hasta el punto que esas entidades pueden morir.

»Y entonces alguien entró en contacto conmigo. Un viejo egipcio que se decía descendiente puro de la Antigua Raza, la que construyó las pirámides. Alguien que sabía cosas, y que investigaba en el mismo campo que a mí me interesaba. Me habló de las cuevas del desierto del Sinaí, y de lo que se podía encontrar en ellas.

»La zona estaba en manos de Israel por aquel entonces, y me costó mucho trabajo lograr permiso para explorarla. El egipcio no pudo acompañarme por esa circunstancia, aunque me proporcionó la situación, contra la promesa de compartir con él el conocimiento que hallara.

»Desenterré una colección entera de tablillas de piedra grabadas. Se trataba de la edición más antigua del Necronomicón, mejor dicho de una copia del genuino Al Azif de Abdul Alhazred, grabado por una secta de eremitas adoradores del diablo mucho antes que Philetas lo tradujera al griego y le diera el nombre por el que hoy es conocido y temido.

»No pude extraerlo completo, pues un mes después de hacer los primeros hallazgos estallaba la guerra del Yom Kippur entre Egipto e Israel, y la región se convirtió en un Infierno del que debí huir a toda prisa. Pero había conseguido, entre otros fragmentos, ese capítulo entero que en la traducción griega se denomina Libro de las Invocaciones. Y al cotejarlo con la versión que ya poseía, encontré algo extraño.

Rápidamente, casi con movimientos espasmódicos, Bernstein buscó en una de sus maletas, situada en el fondo del armario de su camarote. Extrajo una serie de papeles que puso ante mí.

—Escucha esto, Anthony. Es un fragmento que está ausente de todas las traducciones posteriores, como si algo o alguien lo hubiera borrado de allí:

»lä, Yikkanthrog, Fuego Helado del Sur, el Mutador de Cuerpos y Cambiador de Almas. Tú que moras en los Círculos Últimos de Mediodía, y te reflejas en los Hielos Eternos. Padre de la Luz, Patriarca del Espanto, responde a nuestra invocación, muéstrate para terror de los hombres, Tú, el Inmutable.

»¡Asss-shaggai-thuss-asshaggai! ¡Shattaggai-rrmmm-shaggai!

»¡lä, Yikkanthrog!

»¡Aaarh! ¡Asjtonei –ssizz– asshaggai!

»¡lä, Yikkanthrog!

Me estremecí violentamente. Las últimas palabras, gritadas por mi amigo, habían retumbado en el estrecho camarote con una fuerza que parecía totalmente independiente de la voz que las pronunciara. Hubiera jurado que aquellos sonidos incomprensibles no habían podido tener su origen en una garganta humana.

–Me enseñaron a pronunciar la invocación final –rió el profesor, con una inquietante risa sin alegría–. Y conseguí aprender otras cosas también... sobre Yikkanthrog.

–Yikkanthrog... –modulé con cuidado–. Esa divinidad no figura en el Necronomicón, al menos en las versiones que conozco. ¿No es posible que sea un añadido, una aportación de los que grabaron esas tablillas?

–¡No! –desechó Bernstein, seguro de sí mismo–. No se trata de una aportación, sino de una ocultación. Philetas no se atrevió a traducir lo referente a esta entidad. Quizás el mismo Abdul Alhazred censuró su obra, aunque después que los eremitas del Sinaí la grabaran en su versión íntegra.

–¿Pero por qué esa censura? –inquirí–. Todas las entidades divinas del Necronomicón son terroríficas, incluso más allá de la comprensión humana. ¿Por qué ocultar esa, y no las otras?

Bernstein fijó sus ojos en los míos, y casi me espantó con su mirada. Presentí que se acercaba una nueva revelación.

–Creo saberlo –me dijo–. Recuerda lo que dice el libro de Alhazred sobre el Gran Combate. Como los Dioses Arquetípicos, los incomprensibles soberanos del Universo, abatieron el orgullo y la maldad de los Primordiales, de los Grandes Antiguos que infestaban la Tierra antes del nacimiento de la raza humana. Todos fueron vencidos, y apriisionados en distintas mazmorras cósmicas, Azathoth, el principal de todos ellos, hundido en el Caos Central, qui-

zás en el núcleo de nuestra Galaxia. Hastur, el Inefable, proscrito a los mundos irracionales de las Híades. Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques, sepultada en el corazón de la luna montaña, allá en la tierra de Leng. Cthulhu, dormido en las profundidades de los océanos. Nyarlathothep... Nyarlathothep...

Hizo una pausa atemorizado.

–Nyarlathothep fue el que más tiempo sobrevivió en libertad, hasta el punto de convivir con la humanidad, y aterrorizar a nuestros ancestros. Pero finalmente fue también sometido, y mil mitos narran su derrota. No me atrevía a seguir sus huellas hasta el fin, pero temo que si alguien excavara profundamente en los cimientos de la pirámide escalonada de Sakkara saldrían a la luz... cosas que mejor estarían ocultas.

»Todos los Grandes Antiguos están encadenados. Sus servidores aún mantienen poderes emanantes de su esencia, algunos de sus principales acólitos pueden ser invocados en determinadas épocas señaladas por ciertas configuraciones astrales, incluso se dice que los propios dioses pueden hacerse presentes, en persona o emanación, aunque por muy escaso tiempo. Pero están encadenados, en espera del lejano día en que su reino vuelva sobre nuestro mundo, si es que tal fecha llega. Todos están encadenados...

Hizo una pausa y su voz descendió, temerosa.

–... excepto Yikkanthrog.

Sentí un escalofrío recorrerme toda la espina dorsal.

–¡Eso, eso es lo que espantó al propio Alhazred, el Azul, el árabe loco del Yemen! Yikkanthrog sobrevivió al acoso de los Arquetípicos, y vive sobre nuestro mundo con todo su poder intacto. Vive, permanece... y yo sé dónde encontrarlo.

Retrocedí inconteniblemente. Una extraña luz parecía emanar del rostro de mi amigo.

–Estudié a fondo los informes de la expedición Daley –continuó–. En especial lo que decían acerca de los bajo-relieves de aquella ciudad antártica sin nombre. De cómo sus habitantes prehumanos temían a algo situado en las grandes montañas del Sur de donde se hallaban, de cómo ni siquiera se atrevían a expresar en dibujos aquella amenaza y sus efectos... ¡ellos, que habían combatido victoriosamente con la misma progenie de Cthulhu!

»Está allí. En algún lugar en las estribaciones de la Cordillera de la Reina Maud, precisamente hacia donde nos dirigimos. Quizás hiberna, como una criatura polar, pero permanece alerta, libre, inconcebiblemente poderoso. ¡Los mismos Arquetípicos fueron impotentes contra él! Y yo puedo hallarle, puedo enfrentarme con un dios...

–¡Enfrentarte con... con eso! –protesté.

En aquel momento creía por entero todas las revelaciones del profesor, y ello me espantaba más allá de lo imaginable.

–Es la oportunidad suprema –murmuró–. Ver una criatura de naturaleza divina, descubrir los secretos de las épocas primigenias... el origen del Universo, quizá. Conozco métodos para rastrearle, para descubrir su guarida o su mansión helada. Y creo saber cómo comunicarme con el Ser. Es la culminación de toda una vida de investigaciones... el éxito de mis teorías.

De nuevo clavó sus ojos en mí, y una vez más la intensidad de su mirada me aterró.

–¿Te unirás a mí? –preguntó suavemente–. ¿Serás mi compañero en esta gran aventura?

Toda su anterior reserva temerosa parecía haber desaparecido. Ahora aparecía ávido, excitado.

Y parte de su avidez y excitación parecieron transmitirse a mi mente, luchando con el terror que su invitación me causaba. ¡Era cierto! ¡Podía, si las teorías de mi amigo eran ciertas, y los antiguos libros terribles no mentían, lograr el sueño de generaciones de hombres, enfrentarme con un

dios! ¡Cruzar el umbral prohibido y atisbar en los espacios abiertos más allá!

–No lo sé... –vacilé aún–. No lo sé... Quizá...

Dos días después avizoramos las heladas costas de la Tierra del Rey Eduardo. Los científicos de la base permanente de Pequeña América enviaron un helicóptero para darnos la bienvenida, y el ajetreo del desembarco dominó todas nuestras actividades.

Fueron días de trabajo, de compañerismo y de alegría. Casi llegué a olvidar las lucubraciones del profesor Bernstein, e incluso a dudar de su veracidad, cosa que en el momento había distado mucho de hacer. Pues las máquinas rugían, las sirenas aullaban, y los helicópteros surcaban el cielo antártico, dominando los hielos. Todo pensamiento de entidades sobrenaturales y de misterios ocultos semejaba muy lejano, e incluso absurdo.

Pensé sin embargo, por unos momentos en la expedición Daley de 1930, pero fue para compararla con la nuestra. ¡Cuánto se había progresado desde entonces! Ya no eran precisos los trineos tirados por perros, de tan bella estampa. Gigantescos helicópteros Kamov fueron desembarcados y dispuestos, y en el día siguiente nos llevaron sobre las heladas extensiones iluminadas por el Sol semestral hasta aterrizar con nosotros en la que habría de ser nuestra base permanente. Los desplazamientos menores se harían en tractores oruga climatizados, o en rápidos trineos de hélice.

Pude ver los titánicos contrafuertes de la Cordillera de la Reina Maud, la cadena montañosa que Bernstein me describiera como morada de horrores más antiguos que la humanidad. Nada parecía indicarlo, las laderas cubiertas de carámbanos centelleaban cuando los rayos solares rompían las capas de nubes, y el formidable Pico Nansen, de cuatro mil metros de altura, parecía un gigante benévolo entre las blancas formaciones nubosas.

No tardaron en retumbar las laderas con el trueno de los explosivos, al iniciarse nuestra búsqueda de minerales. Provocábamos avalanchas artificiales de roca e hielo, y estudiábamos en nuestros sismógrafos hasta el menor de los latidos de la naturaleza golpeada. Escalábamos los abruptos peñascales cubiertos de nieve perpetua para perforar su estructura con nuestros taladros. Trabajábamos e investigábamos sin pausa ni descanso.

El mismo profesor Gerard Bernstein parecía enteramente dedicado a la labor geológica. No volvió a hablarme en aquellos días activos de sus otras investigaciones cuyo relato tanto me había impresionado allá en su camarote, cuando aún navegábamos en pleno Mar de Ross. Sin embargo, de vez en cuando nuestras miradas se encontraban, y podía notar un atisbo de la anterior energía, un leve choque que recordaba la existencia de un secreto entre nosotros. Pero nada más.

Creo que llegué a pensar que Bernstein había renunciado a su fantástica idea y ello llegó incluso a producirme un vago sentimiento de decepción.

Pero un día, casi por sorpresa, Bernstein se aproximó a mí con una rara sonrisa en los labios. Al instante tuve la premonición de lo que iba a decirme, incluso antes que sus labios se abrieran.

–Todo está dispuesto –su acento era triunfal–. ¿Vienes conmigo?

Tomamos uno de los veloces trineos de hélice, justificando el viaje como de exploración geológica de unas formaciones que dijimos haber descubierto hacia el Sur. De todas formas llevábamos muchos días de trabajo y los reglamentos se habían relajado un tanto.

Nos deslizamos a tremenda velocidad sobre la helada llanura. Oscuras nubes comenzaban a cubrir el cielo, y el Sol antártico estaba ya bajo, cercano al horizonte, prelu-diando la larga noche polar que caería un mes después. Bernstein se negó a anticiparme nada. Tan sólo sonreía, y